

EL CREADOR DE LA
ACADEMIA KHAN

SALMAN KHAN



LA ESCUELA DEL MUNDO

UNA REVOLUCIÓN
EDUCATIVA

Ariel

Índice

Portada

Sinopsis

Portadilla

Citas

Introducción: Una educación gratuita y de calidad...

Primera parte. APRENDER A ENSEÑAR

Cómo enseñar a Nadia

Videos sin adornos

Lo importante es el contenido

Dominio de lo aprendido

¿Cómo se llega a la educación?

Para rellenar los huecos

Segunda parte. EL MODELO ROTO

Las costumbres son cuestionables

El modelo prusiano

El aprendizaje tipo emmental

Los exámenes a examen

La diversificación de la creatividad

Los deberes

El aula invertida

Factores económicos de la escolarización

Tercera parte. EN EL MUNDO REAL

La teoría y la práctica

El software de la Academia Khan

El salto al aula real

Instruir deleitando

La zambullida

El experimento de Los Altos

Educación para todas las edades

Cuarta parte. LA ESCUELA DEL MUNDO

Bienvenida, incertidumbre

Mi pasado de estudiante

El espíritu del aula única

La enseñanza como deporte de equipo

El caos organizado es bueno

Un verano diferente

El futuro de los expedientes académicos

Servicio a las comunidades marginadas

El futuro de las notas y los títulos

Cómo deberían ser los estudios superiores

Conclusión: Ganar tiempo para la creatividad

Agradecimientos
Notas
Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

SINOPSIS

Educación gratuita y del mejor nivel para cualquiera y en cualquier lugar.

La escuela del mundo es una visión radical del futuro de la educación y, al mismo tiempo, la historia personal de un hombre que ha apostado por el aprendizaje personalizado, la interacción humana y el pensamiento alternativo. Padres y políticos se quejan sin cesar del estado del sistema educativo, y las escuelas buscan consejo sobre cómo conectar con los estudiantes en la era digital. El proyecto de Khan plantea una solución a estos problemas, al tiempo que resalta la labor de los profesores y revela que la tecnología puede y debe desempeñar un papel fundamental en la educación en todo el mundo.

La Academia Khan es un proyecto que nació de las clases en línea que el autor preparó para su sobrina y que, con el apoyo de numerosas personas, ha llegado a convertirse en un fenómeno mundial. Millones de estudiantes, profesores y padres utilizan hoy los vídeos y el software gratuito de esta plataforma, creada para gente de todas las edades y niveles de preparación, sin ningún tipo de restricciones.

Salman Khan

La escuela del mundo do

Una revolución educativa

Traducción de Cristina Macía y Natalia Cervera

Ariel

No limites al niño con tu propio aprendizaje, porque ha nacido en otros tiempos.

RABINDRANATH TAGORE

Los elementos de la instrucción (...) se deben presentar en la infancia, pero sin imponerlos. El conocimiento que se impone no permanece en la mente. No uses por tanto la imposición, sino que sea la educación temprana una forma de diversión, y así podrás valorar la inclinación natural del niño.

PLATÓN, *La República*

Introducción

Una educación gratuita y de calidad para todo el mundo y en todas partes

Me llamo Sal Khan. Soy el fundador y miembro del primer cuerpo docente de la Academia Khan, una institución dedicada a proporcionar educación gratuita a todo el mundo y en todas partes, y escribo este libro porque creo que nos encontramos ante un punto de inflexión en nuestra manera de enseñar y aprender que solo se da una vez cada mil años.

El aula tradicional sencillamente no se ajusta a nuestras necesidades cambiantes. Es en esencia un método de aprendizaje pasivo, cuando el mundo requiere procesar la información de una manera cada vez más activa. El modelo antiguo se basa en embutir a los alumnos en grupos definidos por la edad, con un mismo temario para todos sea cual sea su ritmo, con la creencia de que aprenderán algo. No se sabe si este modelo era el mejor hace cien años, pero desde luego ya no lo es. Al mismo tiempo, las nuevas tecnologías brindan esperanza en sistemas de enseñanza y aprendizaje más eficaces, si bien también suscitan algo de confusión y hasta miedo, y demasiado a menudo se utilizan apenas como un elemento decorativo más.

Entre los dos sistemas de enseñanza, el antiguo y el nuevo, ha aparecido una grieta por la que a diario se precipitan niños de todo el mundo: un mundo que se transforma cada vez más rápido, aunque el cambio sistémico tiene lugar con gran parsimonia y, muchas veces, se dirige hacia

donde no debe. Cada día, cada hora de clase, la grieta entre lo que se enseña a los niños y lo que estos necesitan aprender se ensancha más y más.

Es fácil decirlo, claro. Para bien o para mal, hoy en día todo el mundo habla sobre educación. Los políticos la sacan a relucir en todos sus discursos. Los padres se quejan de que sus hijos no alcanzan unos estándares relativos tan abstractos como imperiosos, o de que los pone en evidencia un competidor que se sienta dos filas más adelante o que vive a medio mundo de distancia. Es como discutir sobre religión: cada uno defiende su postura con vehemencia, y a menudo sin pruebas. ¿Los niños necesitan un entorno más estructurado o menos? ¿Hacemos demasiados exámenes o no los suficientes? Y ya que hablamos de exámenes, ¿miden el aprendizaje a largo plazo o solo la habilidad para responder a las preguntas de esos mismos exámenes? ¿Estamos promoviendo la iniciativa, la comprensión y el pensamiento original, o perpetuando un juego sin sentido? Además, los adultos no se preocupan solo por los niños. ¿Qué sucede con nuestra capacidad de aprender una vez terminada la educación reglada? ¿Se puede entrenar la mente para que no se vuelva perezosa y frágil? ¿Es posible seguir aprendiendo? ¿Dónde, cómo?

Está muy bien que se hable tanto sobre educación, porque esto confirma la importancia vital del aprendizaje en este mundo tan competitivo e interconectado. Lo malo es que tanto hablar no se ha traducido en mejoras. Las iniciativas que se toman suelen ser políticas gubernamentales verticales que perjudican más que benefician. Hay profesores y colegios excelentes que han demostrado que la excelencia no es un sueño imposible, pero resulta difícil reproducir ese éxito a gran escala. Toda la energía y el dinero invertidos apenas han dado resultados, lo que despierta un gran escepticismo: ¿es posible mejorar la educación sistematizada? Peor aún: mucha gente ni se para a pensar en el

meollo de la crisis. No se trata de porcentajes de graduados ni de puntuación en los exámenes, sino de potencial alcanzado o desperdiciado, de ganar o perder dignidad.

Se suele citar el dato de que los alumnos estadounidenses de secundaria ocupan el puesto vigésimo tercero del mundo en ciencias y matemáticas. Desde la perspectiva estadounidense es preocupante, pero estos exámenes son una medida muy miope de lo que sucede en el país. Estoy convencido de que, al menos en un futuro próximo, Estados Unidos seguirá ocupando una posición de liderazgo en ciencia y tecnología pese a los posibles fallos de nuestro sistema escolar. Si dejamos a un lado la retórica alarmista, Estados Unidos no va a perder su primacía porque a los estudiantes de Estonia se les dé mejor factorizar polinomios. Hay otros aspectos de la cultura estadounidense —como la combinación de creatividad, espíritu empresarial, optimismo y capital— que hacen del país el terreno más fértil del mundo para la innovación. Por eso los niños y niñas más inteligentes del planeta sueñan con trabajar aquí en el futuro. Desde una perspectiva global y de miras amplias, las clasificaciones nacionales carecen de importancia. Pero, si bien el alarmismo es innecesario, el exceso de confianza puede ser desastroso: el ADN estadounidense no tiene nada que nos haga más propensos a crear empresas y a inventar, y nuestro liderazgo está destinado a desaparecer si no lo alimentamos con mentes frescas y cultivadas.

Además, Estados Unidos sigue siendo el motor de la innovación, pero ¿a quién beneficia? Si solo una pequeña parte de los alumnos alcanza el nivel de educación necesario para contribuir a él, ¿tendrán las empresas que importar el talento que necesitan? ¿Veremos un porcentaje creciente de jóvenes estadounidenses desempleados o con empleos de bajo nivel porque carecen de las habilidades que requiere el mercado laboral? Lo mismo se aplica a los jóvenes de todo el mundo. ¿Se desperdiciará su potencial, o se canalizará en direcciones peligrosas porque no se les han pro-

porcionado las herramientas y oportunidades para contribuir a la economía? ¿Fracasará la democracia incipiente en los países en desarrollo por falta de escuelas de calidad, por culpa de un sistema corrupto o ineficiente?

Son preguntas con dimensión práctica, pero también moral. Creo firmemente que todos nos beneficiaremos de la educación de todos. ¿Quién sabe dónde surgirá el genio? Puede que haya una niña en una aldea africana con el potencial para descubrir la cura del cáncer. El hijo de un pescador de Nueva Guinea puede tener una comprensión asombrosa de los océanos para recuperarlos. ¿Por qué vamos a permitir que se desperdicie su talento? ¿Cómo justificamos no ofrecer a esos niños una educación de primera, cuando tenemos los recursos y la tecnología para hacerlo? Solo nos faltan la decisión y el valor.

Sin embargo, en vez de ponerse manos a la obra, la gente sigue opinando sobre cambios cuantitativos. Por falta de imaginación o por miedo a alejarse de la tradición, no se habla de lo fundamental, de los fallos en la educación, sino que todo se centra en unas cuantas obsesiones tan habituales como erróneas: la puntuación en los exámenes y la cifra de graduados. No son asuntos triviales, claro, pero lo que de verdad importa es si el mundo contará, en las generaciones venideras, con una población empoderada, productiva, realizada, que ha alcanzado su potencial y puede cargar con la responsabilidad de una verdadera democracia.

Para tratar este tema vamos a repensar algunas cosas que damos por hechas. ¿Cómo aprendemos? ¿Tiene sentido el modelo tradicional de aula (lecciones en el colegio, deberes solitarios en casa por la tarde) en plena era digital? ¿Por qué los alumnos olvidan una parte tan importante de lo que han «aprendido» en cuanto terminan el examen? ¿Por qué perciben los adultos una distancia tan enorme entre lo que estudiaron en el colegio y lo que hacen en el mundo real? Estas son las preguntas básicas que debería-

mos plantearnos; pero, aunque lo hagamos, seguirá existiendo un abismo entre lamentar el estado de la educación y actuar al respecto.

En 2004, casi por accidente, empecé a experimentar con algunas ideas que parecían dar resultado. Eran en buena medida versiones novedosas de principios ya establecidos, pero que apuntaban la posibilidad de repensar la educación tal como la conocemos gracias a la escalabilidad y accesibilidad que proporcionan las nuevas tecnologías. Hice varias pruebas, y la que cobró vida propia fue compartir lecciones de matemáticas en YouTube. No sabía bien cómo hacerlo, ni si daría resultado, ni si alguien vería lo que estaba compartiendo. Fue un camino de prueba y error (sí, se permiten errores), todo con las limitaciones de tiempo que me imponía mi absorbente empleo de analista de fondos de cobertura. Aun así, en pocos años resultó evidente que la enseñanza virtual era mi pasión y vocación: en 2009 dejé mi trabajo para dedicarme a tiempo completo a lo que ya se había convertido en la Academia Khan.

El nombre era imponente, pero los recursos con los que contaba la nueva entidad resultaban más bien cómicos. La Academia era propietaria de un ordenador, un programa de captura de pantalla que costaba 20 dólares, y una tableta gráfica de 80 dólares; los gráficos y las ecuaciones se dibujaban, a menudo con mano temblorosa, gracias a un programa gratuito, el Microsoft Paint. Aparte de los vídeos, disponía de un programa para simular exámenes instalado en mi alojamiento web de 50 dólares mensuales. El cuerpo docente, el equipo de informáticos, el personal de apoyo y el de administración se componían de una sola persona: yo. El presupuesto eran mis ahorros. Me pasaba casi todo el día en camiseta y pantalones de chándal, hablando con un monitor y atreviéndome a soñar.

No soñaba con crear una página web superpopular ni con convertirme en una estrella fugaz en el debate sobre la educación. Puede que me engañara, pero mi sueño era

crear algo que perdurase, que marcara la diferencia, una institución mundial para el próximo siglo que nos ayudara a repensar el sistema académico desde la base.

Creía que era el momento ideal para un replanteamiento así. En los puntos de inflexión de la historia es cuando surgen nuevas instituciones y modelos educativos. Harvard y Yale nacieron poco después de la colonización de Norteamérica. El MIT, Stanford y el sistema de universidades estatales fueron fruto de la Revolución Industrial y la expansión territorial en Estados Unidos. Ahora mismo nos encontramos en los albores de un punto de inflexión que será, en mi opinión, el más trascendente de la historia: la revolución de la información. Y en esta revolución, el ritmo del cambio es tan rápido que la creatividad a nivel profundo y el pensamiento analítico ya no son opcionales; no son extras, sino habilidades necesarias para la supervivencia. No nos podemos permitir que la educación de alto nivel esté limitada a una parte de la población mundial. Tuve todo esto presente a la hora de marcarme, gracias a la ayuda de una tecnología de la que disponíamos y que, sin embargo, elegíamos no utilizar, un objetivo ambicioso pero factible: proporcionar una educación gratuita y de calidad para todo el mundo y en todas partes.

Mi filosofía básica de enseñanza era directa y, a la vez, muy personal: quería enseñar como me habría gustado que me enseñaran; es decir, esperaba transmitir el puro gozo de aprender, la emoción de comprender el universo. Quería que mis alumnos vieran no solo la lógica de las matemáticas y las ciencias, sino también su belleza. Más aún, quería hacerlo de manera útil tanto para los niños que aprenden sobre el tema por primera vez, como para los adultos que buscan refrescar conocimientos; para estudiantes que tienen que hacer los deberes y para personas mayores que desean mantener la mente activa y ágil.

Lo que no quería bajo ningún concepto era ese proceso terrible que tiene lugar a veces en las aulas: la memorización rutinaria, las fórmulas sin explicación y sin más significado y objetivo que una buena nota en el examen. Esperaba ayudar a los alumnos a ver las conexiones, la progresión de una lección a la siguiente; afinar su intuición para que la mera información, absorbida concepto a concepto, se desarrollara y se convirtiera en un dominio auténtico del tema. Es decir, quería devolver la emoción, la participación activa en el aprendizaje y la natural alegría que conlleva, que tantas veces vemos aniquiladas en los planes convencionales de estudios.

En los primeros días de lo que acabaría por convertirse en la Academia, solo tenía una alumna: Nadia, mi prima. Pero, para mediados de 2012, la Academia Khan me había sobrepasado. Estábamos ayudando a formar a más de seis millones de alumnos al mes, diez veces más que el número de personas que han ido a Harvard desde su creación en 1636, y la cifra crecía un 400 % al año. Los vídeos se habían visto 140 millones de veces y los alumnos habían hecho 500 millones de ejercicios con nuestro programa informático. Yo había compartido más de tres mil lecciones en vídeo, todas gratuitas y sin publicidad, que abarcaban desde aritmética básica a cálculo avanzado, de física a finanzas y a biología, de química a la Revolución francesa. Además, estábamos contratando de manera activa a los mejores educadores e ingenieros informáticos del mundo. La Academia se había convertido en la plataforma de educación más utilizada de internet y, según *Forbes*, era «una de estas historias de "cómo es que a nadie se le ocurrió antes" (...) que lleva camino de convertirse en la organización educativa más influyente del planeta». Bill Gates nos hizo el mejor de los cumplidos: dijo en público que utilizaba nuestra web para ayudar a sus hijos con las matemáticas.